

«Bob vive las verdades que habla con mucha pasión. En su libro *Evangelio práctico*, encontré la misma expresión de una vida auténtica y genuina. Una gracia que transforma cada poro de mi ser, cada momento de mi vida».

JOHN LYNCH, autor de *On My Worst Day* y coautor de *The Cure*

«Bob Christopher es uno de los expositores más claros de la gracia infalible de Dios y cómo esta beneficia hoy a los cristianos. Este nuevo libro ampliará lo que entiendes acerca de “las riquezas de su gracia” y hará que comprendas mejor lo que ella ofrece».

FRANK VIOLA, autor de *El lugar favorito de Dios en la Tierra*  
y *From Eternity to Here*.

«Bob Christopher nos señala, con humildad y poder, a Jesucristo como nuestra fuente de propósito y realización. Si has anhelado apoyarte en el amor de Jesús, no dejarás de leer este libro».

ANDREW FARLEY, autor del best seller *The Naked Gospel*  
y pastor en ChurchWithoutReligion.com

«Mi amigo Bob Christopher explica las verdades de la salvación y nuestra vida en Cristo en un estilo sencillo y fácil de entender. Apoyado firmemente por las Escrituras y los ejemplos de su propio peregrinaje, Bob comunica el mensaje de la asombrosa gracia de Dios de una manera que es refrescante y liberadora. *Evangelio práctico* es ¡simplemente maravilloso!»

FRANK REED, KLTU Radio, Dallas-Fort Worth

«Los mayores dones concedidos a la raza humana son el amor, el perdón y la nueva vida, los cuales se hallan en la gracia de Dios. *Evangelio práctico* hace una tarea fantástica al exponer la gracia de Dios en una terminología sencilla y comprensible con una mezcla

de Escritura e ilustraciones útiles. Esta es mi nueva herramienta cuando quiero hablar de la gracia de Dios con los demás».

HENRY SHAFFER, fundador de Won by One to Jamaica

«Bob Christopher observa con finura que la gracia no es una cosa, sino una Persona. Es por eso que el mensaje de la gracia nunca caduca, a pesar de que se ha perdido mucho. Hállalo de nuevo en esta gran lectura».

DAVID E. BISH, pastor principal, Tri County Church, DuBois, Pensilvania,  
Autor del libro *I Don't Go to Church—I Am the Church*

«Bob Christopher nos guía a través de los tesoros transformadores de una vida dirigida por el poder y la seguridad del favor inmerecido de Dios. Prepárate para liberarte de las cadenas del legalismo y del pecado, a la vez que aprendes de la vida y la promesa de un Dios que nunca *pensará* en dejarte o abandonarte».

JEREMY WHITE, pastor principal de la congregación  
Valley Church, en Vacaville, California. Es autor de la obra  
*The Gospel Uncut: Learning to Rest in the Grace of God*

«En un mundo que constantemente nos dice: “Inténtalo otra vez”, “No te rindas” y “Puedes hacerlo”, Bob Christopher brinda una alternativa refrescante a través del mensaje del evangelio. Este libro señala la liberadora verdad de descansar —en vez de esforzarse— y confiar, más que intentarlo. Es, en verdad, la buena noticia que anhelamos escuchar por tanto tiempo».

BOB HUTCHINS, fundador y ejecutivo de BuzzPlant

# EL EVANGELIO PRÁCTICO

=

## GRACIA DE PRINCIPIO A FIN

— Bob Christopher —

**Nivel**

[www.EditorialNivelUno.com](http://www.EditorialNivelUno.com)

*Para vivir la Palabra*

# *Para vivir la Palabra*

MANTÉNGANSE ALERTA;  
PERMANEZCAN FIRMES EN LA FE;  
SEAN VALIENTES Y FUERTES.  
—1 CORINTIOS 16:13 (NVI)

Edición en español © 2017 Editorial Nivel Uno, una división de Grupo Nivel Uno, Inc.

Publicado por:



**Editorial Nivel Uno, Inc.**  
3838 Crestwood Circle  
Weston, FL 33331  
[www.editorialniveluno.com](http://www.editorialniveluno.com)

Originally published in English under the title:  
SIMPLE GOSPEL, SIMPLY GRACE  
Copyright © 2015 by Bob Christopher  
by Harvest House Publishers  
Eugene, Oregon, 97402, U.S.A.  
[www.harvesthousepublishers.com](http://www.harvesthousepublishers.com)

ISBN: 978-1-941538-35-7

Desarrollo editorial: *Grupo Nivel Uno, Inc.*  
Diseño interior y portada: *Grupo Nivel Uno, Inc.*

Todos los derechos reservados. Se necesita permiso escrito de los editores para la reproducción de porciones del libro, excepto para citas breves en artículos de análisis crítico.

A menos que se indique lo contrario, todos los textos bíblicos han sido tomados de la Santa Biblia, Nueva Versión Internacional® NVI® 1999 por Bíblica, Inc.®

Impreso en USA

17 18 19 20 VP 9 8 7 6 5 4 3 2

## Contenido

Prólogo.....	13
Introducción: El chico de Dios.....	15

### Primera parte: Vida

1. Primero lo primero.....	33
2. El giro de 180° .....	43
3. La esencia de la fe.....	55
4. El pase.....	67
5. Grandes expectativas .....	79

### Segunda parte: Perdón

6. ¡Consumado es!.....	93
7. Del temor a la fe.....	105
8. Desaparecieron.....	117
9. Déjalo ir.....	129
10. Descansa .....	141

### Tercera parte: Libertad

11. Eres libre .....	155
12. No mires atrás .....	167
13. Vive de fiesta como en domingo en un mundo de viernes aterrador .....	179
14. La meta .....	193
15. Vida eterna.....	207

Epílogo.....	217
Notas .....	221

# Prólogo

¿Alguna vez has estado tan seco y sediento que cuando al fin consigues una bebida, sientes ese primer trago fresco y frío revivir todo tu cuerpo? Eso es lo que este libro le hace a tu espíritu. Lo que Bob escribe es refrescante, claro y despierta el alma. Su mensaje sencillo y directo te da fuerza cuando la necesitas.

Este libro es tan refrescante, que se me hizo difícil dejar de leerlo por un momento. Hay muchas cosas en este mundo que operan contra mí, de modo que cuando encuentro algo que alimenta mi alma y me brinda una alegría que puedo festejar, quiero decírselo a todos los que conozco. El libro de Bob proporciona esa clase de nutrimento. Escribe con tanta franqueza que es difícil que uno pierda su punto de vista.

¿Has leído alguna vez la leyenda griega sobre las aventuras de Odiseo? En uno de mis episodios favoritos, Odiseo tuvo que pasar —navegando— por la isla de las sirenas. Cada vez que alguien

navegaba cerca del lugar, el hermoso canto de las sirenas atraía a los marineros hacia la isla —donde había un lecho de rocas—, haciendo que sus naves se estrellaran, sellando así su destino para siempre. Odiseo conocía el peligro, así que persuadió a sus hombres a que lo ataran al mástil de la nave y que se taponaran las orejas con cera. Los hombres no podrían oír la canción, de modo que no sucumbirían al llamado de las sirenas ni estrellarían su nave contra las rocas. Odiseo pudo oír la canción, pero fue incapaz de responder porque estaba atado. Los hombres estaban sordos y Odiseo (cuyo nombre latino era Ulises) estaba impotente. La sordera y la impotencia no son la mejor forma de viajar por la vida, pero evade la alternativa del naufragio.

Me gusta mucho más la leyenda griega de Orfeo. Cuando pasó junto a la misma isla de las sirenas, empezó a tocar música hermosa con su arpa. Era el músico más grande de la tierra. Su música era más hermosa que la que cualquier sirena pudiera cantar. Los marineros a bordo de su barco ansiaban oír la música de Orfeo, por lo que oían a las sirenas solo como una distracción distante. Así se evitó el naufragio; además, el afecto por la música más bella los condujo con seguridad y gozo a través de los peligros.

La gente, casi siempre, piensa que la única forma de vivir es con el «no se puede» y «no lo hagas». Creen que restringirse y ser evasivos evitará que naufraguen en la vida. Sentimientos como «no se puede» y «no lo hagas» hacen que se sientan aislados o estropeados por lo que sucede a su alrededor. Es la única posibilidad que pueden imaginar, pero hay otra. Su nombre es Jesús. Él nos invita a amarlo, puesto que ello da alegría y vivifica.

*Evangelio práctico* explica maravillosamente esta otra posibilidad. El enfoque franco y atractivo de Bob brinda el dulce canto de la vida. Este mensaje refrescará tu alma.

TOM DAVIS

## Introducción

# El chico de Dios

*La vida cristiana comienza con la gracia,  
debe continuar con la gracia y terminar con la gracia.  
Gracia, maravillosa gracia.*

MARTYN LLOYD-JONES

**E**l primer día de mi inicio en la universidad, le hice una promesa a Dios. ¿Alguna vez has hecho eso? La mía fue algo como lo siguiente: «Dios, sé que te he decepcionado. Gracias porque hiciste borrón y cuenta nueva conmigo, y por la oportunidad de empezar en la universidad. Desde este día en adelante, prometo ser tu chico».

Esa no fue la primera promesa que le hice a Dios. Esta vez, sin embargo, me comprometí más a cumplirla. En realidad, quería que mi vida contara para Él. Sinceramente deseaba cambiar de vida y estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario. Mi actitud fue como la de los israelitas, cuando dijeron: «Cumpliremos todo lo que Dios nos ha ordenado» (Éxodo 24:7, TLA).

En verdad, lo intenté. Hice todo lo que pude en mi esfuerzo por ser el mejor cristiano posible. Hice mi mejor esfuerzo. Pero eso no fue lo suficientemente bueno. Mi promesa no pudo con las tentaciones de la vida universitaria. Me rendí en muchas ocasiones, como lo había hecho en la escuela secundaria. Cada vez que lo hacía, me sentía terrible, como si hubiera decepcionado a Dios.

¿Te luce familiar esto? He conocido a muchas personas, a través de los años, con una historia similar. Francamente, creo que cada ser humano lo vive en cierto grado. Está programado en nuestro ADN. Me gusta decirle a la gente que todos somos legalistas naturales. Tratamos de vivir para Dios, pero es imposible hacerlo a la perfección. El apóstol Pablo describió su propia experiencia de esta manera: «Yo sé que en mí, es decir, en mi naturaleza pecaminosa, nada bueno habita. Aunque deseo hacer lo bueno, no soy capaz de hacerlo» (Romanos 7:18).

No podemos hacerlo ni siquiera intentarlo. Traté de darle sentido a la vida cristiana durante cuatro años. Cada idea «brillante» que tenía resultaba ser nada más que la misma vieja trama basada en el miedo e impulsada por la culpa: *esfuérzate más*. Y muchos de los mensajes que estaba escuchando reforzaron ese pensamiento. Irónicamente, mi versículo favorito de la Biblia en ese tiempo era Proverbios 3:5-6: «Confía en el Señor de todo corazón, y no en tu propia inteligencia. Reconócelo en todos tus caminos, y él allanará tus sendas». Supongo que no vi esa palabra de dos letras «no». Todo lo que intentaba surgía de mi propio entendimiento. No me sorprende que nada haya resultado bien.

En algún momento de mi último año, me rendí. El pecado era demasiado poderoso para vencerlo. Toda mi resistencia no podía contra sus engañosas atracciones. Jesús dio en el clavo cuando dijo: «Ciertamente les aseguro que todo el que peca es esclavo

del pecado» (Juan 8:34). Así es como me sentía. El pecado estaba haciendo de las suyas con mi vida y no parecía tener otra opción.

Esta es la triste verdad sobre el pecado: promete todo y no entrega nada. Lo estaba descubriendo.

Un viernes por la noche, nuestra fraternidad auspició la última fiesta de todas. Todos los ingredientes estaban en su punto: la cerveza fluía, la música a alto volumen y la gente que no cabía. Éramos tantos que el piso comenzó a estremecerse por el peso.

En medio de toda la acción, un grupo de amigos estaban parados encima de una mesa pequeña. Parecía un sitio ideal para pasarla bien, así que me uní a la diversión. Pero algo extraño invadió mi ser. Miré toda la escena y no vi nada más que vacío. Me sentí como debe haberse sentido Salomón cuando escribió: «Vanidad de vanidades, dijo el Predicador; vanidad de vanidades, todo es vanidad» (Eclesiastés 1:2). Esa era mi vida, sin sentido. Vacía.

Mi sueño al entrar en la universidad había sido convertirme en médico y comprar una granja de caballos fuera de Lexington, Kentucky. En mi último año, hasta eso parecía carecer de sentido. Pero el pecado no se contentó con robarme mis sueños y dejarme a la deriva, sino que también hizo que acumulara culpa y vergüenza en cantidades exageradas. Yo no estaba muy contento ni complacido con mi vida y sabía que Dios tampoco lo estaba. Pero, ¿qué iba a hacer yo?

Sin embargo y sorprendentemente, con toda mi confusión, no abandoné mi creencia en Cristo. No busqué respuestas en otro lugar. Sabía que lo necesitaba por encima de cualquier cosa o de cualquier otra persona. Sabía que la Biblia contenía lo que necesitaba, pero estaba tan cegado por el pecado y mi propio esfuerzo que no podía ver las respuestas. Al igual que los israelitas, mi mente estaba cerrada a la verdad (2 Corintios 3:14).

Luego vino el golpe que me hizo doblar las rodillas. Me dijeron que un buen amigo estaba en el hospital por una sobredosis de drogas. Todo resultó bien para mi amigo, pero aquello me hizo pensar. ¿Iba en la misma dirección? ¿Podría sucederme algo así? Solo con pensar si algo pasara, comencé a entrar en pánico.

Varios amigos me animaron a asistir a un estudio bíblico en Atlanta. Ya había ido antes porque pensaba que eso me ayudaría a ser el chico de Dios. Pero esta vez fue diferente. Sabía que no tenía nada que ofrecerle. Mi testimonio estaba manchado de pecado. Todo lo que iba a pasarme estaba sobre sus hombros.

Nunca conocí al maestro de Biblia personalmente, pero de alguna manera él sabía con exactitud lo que estaba pasando dentro de mí. Él identificó la fuente de mi frustración. Yo elegí el camino de esforzarme más, tratando de hacerlo mejor y de ser mejor. Pero en el mapa de la vida espiritual, ese camino no conduce a la piedad. Yo era la prueba viviente. Por mucho que trataba de ser el chico de Dios, más pecaba. Mi vida cristiana era un desastre. Esa era mi frustración. Encajaba en la conocida definición de locura: repetía las mismas acciones y esperaba distintos resultados.

Lo gracioso es que la frase «esforzarse más» no aparece en la Biblia. No puedes encontrarla en ninguna parte de la Palabra de Dios. Tal vez creas que Dios te está diciendo que te esfuerces más o que lo hagas mejor. Si es así, ¿considerarías abandonar esa idea? No es de Él. Es más, la Biblia se opone a tal pensamiento. Échale un vistazo a la pregunta del apóstol Pablo en Gálatas 3:3, que dice: «¿Tan torpes son? Después de haber comenzado con el Espíritu, ¿pretenden ahora perfeccionarse con esfuerzos humanos?»

Yo no conocía otra forma de vivir como cristiano que por el esfuerzo humano. Lo apliqué a todas las reglas que pensaba que me ayudarían a convertirme en el chico de Dios: cosas como leer la Biblia, orar todos los días, desechar los pensamientos y los deseos

pecaminosos, permanecer firmes contra el pecado y mantener una apariencia de bondad. Todo eso era sensato para mí; parecía el camino sabio a tomar.

Nada más lejos de la verdad. «¡No manipules! ¡No pruebes! ¡No toques!, nada de eso funciona. Esas reglas pueden parecer sabias, «pero de nada sirven frente a los apetitos de la naturaleza pecaminosa» (Colosenses 2:23). Ya había aprendido la lección y estaba listo para una nueva forma de vivir y un nuevo camino por recorrer.

Santiago y Pedro expresaron una promesa maravillosa en las cartas que escribieron. Es lo que sigue. «Dios se opone a los orgullosos, pero da gracia a los humildes» (Santiago 4:6; 1 Pedro 5:5; citando Proverbios 3:34). Por muchos años, pensé que tenía lo que se necesitaba para ser el chico de Dios. Eso es lo que la Biblia llama orgullo. El orgullo te lleva cada vez más por el sendero del esfuerzo humano. Ese es el único camino que él conoce y era el que yo estaba transitando. Tal vez hayas recorrido ese camino o estás andando por él ahora. Permíteme decirte que su final no es un lugar bonito.

Sin embargo, hay un aspecto bueno. A lo largo de ese camino, los fracasos, el dolor, las luchas, el miedo y la culpa desvían nuestro orgullo. Cuando hemos tenido bastante, la humildad se presenta y comenzamos de una nueva manera. Eso es lo que me pasó.

Todo comenzó con la noche más memorable de mi vida.

## Preguntas difíciles

Recibí a Jesús cuando tenía doce años en un campamento juvenil de la iglesia. Fue el primero al que asistí. Mi primo Steve me lo vendió como una de las mejores experiencias que jamás tendría como niño y tenía razón. Fue una semana asombrosa desde el primer día hasta el final. El momento más destacado, sin embargo, ocurrió la última noche del campamento.

Entré en Mobley Hall junto con otros doscientos chicos, a la expectativa. El ambiente en el salón era casi mágico. Sentí que algo especial estaba a punto de suceder.

Las sillas estaban organizadas en un gran semicírculo. Todos podíamos ver perfectamente a Frank, el pastor del campamento. Tenía pelo largo y barba. Toda la semana había representado diferentes escenas de la vida de Jesús. Yo estaba fascinado. El polio lo había dejado minusválido en su niñez, pero no parecía importarle usar muletas para moverse. Podía hacerlo muy rápido y era muy divertido. En uno de sus mensajes, metió su mano en el bolsillo del pantalón, sacó una pequeña estatua y dijo: «Dios dijo: “No tengas ninguna imagen esculpida delante de ti”. Por eso es que mantengo la mía en un bolsillo».

Sin embargo, esa última noche, dejó a un lado todos los chistes. El mensaje era sobre la cruz de Jesucristo. El retrato de Frank de las últimas horas de Cristo fue tan gráfico, que me costó mucho asimilarlo. Había escuchado la historia muchas veces en la iglesia, pero ahora era diferente. Mi corazón lo sentía. La historia se estaba volviendo real para mí.

No sé cómo hizo Frank, pero me sentía como si estuviera colgando de una cruz y luchando con cada respiración. El dolor y el sufrimiento eran palpables. Al final, Frank pronunció las últimas palabras de Jesús: «¡Consumado es!» Entonces inclinó la cabeza como si muriera. Nos sentamos en medio de un silencio ensordecedor.

Unos minutos más tarde, Frank rompió el silencio. «Jesús hizo esto por ti.»

C. S. Lewis escribió: «Cuando Cristo murió, lo hizo por ti individualmente, tanto como si hubieras sido la única persona en el mundo». <sup>1</sup> Así me sentía. Frank hablaba directamente conmigo,

como si yo fuera la única persona en el salón. Lo que vino después fue algo que nunca pude haber anticipado en un millón de años.

Esa sola verdad captó mi atención por completo... Jesucristo murió por mí.

Enfocarme en una cosa y verla con tanta claridad no era típico para mí. Mi mente, por lo general, se movía de un pensamiento a otro, nunca permanecía en uno por mucho tiempo. Me aburría rápidamente, y eso a menudo me causaba problemas. Esa noche, sin embargo, estaba de cualquier forma menos aburrido. Mi ojo mental no veía nada más que el amor de Jesús.

Yo no conocía este versículo en aquel tiempo, pero Dios estaba grabando Romanos 5:8 en mi corazón y en mi mente: «Pero Dios demuestra su amor por nosotros en esto: en que cuando todavía éramos pecadores, Cristo murió por nosotros». Si hubiera conocido ese versículo aquella noche, lo habría citado de esta manera: «Dios demostró su propio amor por *mí* con esto: Aunque *yo* seguía siendo pecador, Cristo murió por *mí*». Era así de personal, así de abrumador.

El amor de Jesús reveló mi necesidad más profunda. Estaba muy clara ante mí. En aquel instante supe que necesitaba a Jesucristo.

Eso fue una sorpresa para mí. Hasta entonces, el campamento no había sido más que diversión. Había batallas con caramelos dentro de la cabaña en las noches, torneos de Ping-Pong, carreras de relevo, natación... todo mezclado con algunos momentos serios. Pero nada como esto. Y no era como que si hubiera visto una luz brillante o escuchara ruidos estruendosos. Tampoco percibí ninguna voz audible. Pero una conciencia aguda de mi necesidad de Jesús me dominó, fue algo que no me pude sacudir.

Al final del servicio, Frank nos invitó a orar para recibir a Jesús en nuestras vidas. Mientras él oraba, hice lo mismo. Sentado en una silla en Mobley Hall, en el campamento estatal FFA, en Covington,

Georgia, con mi corazón latiendo como si quisiera salirse de mi pecho, le pedí a Jesús que viniera a vivir en mí.

Temprano en la mañana, no pensaba en cosas espirituales. Ni oraba para que Dios trabajara en mi vida. Solo ocurrió. La muerte de Cristo se hizo real para mí. Entró a mi corazón y a mi alma, y trajo a mi vida la necesidad de Cristo.

No hablé de ese momento con nadie durante mucho tiempo. No sabía qué decir ni cómo describir lo que me había pasado. No les conté lo ocurrido a mis consejeros en el campamento ni a ninguno de mis amigos. Y lo mantuve oculto a mis padres por casi diez años. Les conté sobre toda la diversión que tuve y les dije que estaba ansioso por volver el próximo verano, pero lo que me sucedió era demasiado personal y demasiado profundo.

Yo estaba como María después de dar a luz a Jesús. Los pastores llegaron a ver al niño. Una vez que lo vieron, difundieron la palabra. Todos los que oyeron quedaron completamente sorprendidos. María, sin embargo, «guardaba todas estas cosas en su corazón y meditaba acerca de ellas» (Lucas 2:19). Eso fue lo que hice. Guardé esa noche en aquel campamento juvenil en mi corazón por un largo y extenso tiempo.

He aquí el punto. Desde ese momento, nunca cuestioné mi necesidad de Jesús. Esa verdad llegó a mi corazón para quedarse. Aun cuando la vida fue más desastrosa para mí unos ocho años más tarde, algo profundo me seguía diciendo que Jesús era mi respuesta. Sin embargo, a los doce años de edad, no tenía seguridad en cuanto a por qué lo necesitaba en mi vida. No me estaba planteando ninguna de esas preguntas persistentes sobre identidad, propósito o destino. Solo era un chico que se contentaba con practicar deportes, andar en bicicleta y divertirme con mis amigos. Dios, sin embargo, me vio como alguien que necesitaba a su Hijo. Me amaba tanto que me lo hizo saber. Eso es gracia.

No descubrí todo eso hasta aquel estudio bíblico en Atlanta, años después. Pero esa noche, en mi primer campamento juvenil, la gracia de Dios se apoderó de mi corazón y Jesucristo se convirtió en algo más que un nombre para mí. Fue mi primer momento de gracia, el comienzo de mi nueva vida en Él.

Una Navidad, después de que al fin les conté a mi mamá y a mi papá toda la historia, me regalaron un cuadro de ese campamento dibujado con carboncillo y enmarcado. Lo tengo colgado en mi oficina. Me recuerda cada día aquel primer encuentro sincero con Jesucristo.

Ocho años más tarde, no obstante, me preguntaba cómo aquello había resultado tan mal. Después de ese campamento, continué con todas mis actividades en la iglesia. Participé en el grupo de jóvenes y, si puedes creer esto, incluso canté en el coro. (Si alguna vez me escuchas cantar, entenderás por qué eso es tan sorprendente.) Hice viajes misioneros y ayudé a los menos privilegiados en nuestra ciudad a través de un programa de la iglesia llamado Fe en acción.

Yo hacía muchas cosas «cristianas». Sin embargo, mientras las hacía, estaba luchando con el pecado. Era algo insensato para mí, absolutamente. La conclusión es que no sabía lo que significaba ser cristiano ni cómo se suponía que debía vivir cual creyente. Escuchaba cosas en la iglesia, pero no eran las correctas. Basado en lo que estaba escuchando y mi propia comprensión, desarrollé un sistema de creencias para avanzar. Por desdicha, ese sistema no estaba basado en la verdad. Lo que sigue es lo que yo creía en ese tiempo.

Yo era, en esencia, una buena persona.

El cristianismo era un programa de automejoramiento.

La gracia era la puerta al cristianismo.

Jesucristo vino a ayudarme a hacerme una mejor persona.

Pensé que necesitaba a Jesús para ayudarme a ser alguien mejor. Pero yo no mejoraba en absoluto. Cada vez que avanzaba un paso, daba dos hacia atrás. Cuando llegué a mi último año en la universidad, la única dirección por la que iba era hacia atrás. Debió haber sido diferente, ¿verdad? Pero no fue así y me quedé tratando de responder dos preguntas.

- ¿Cómo puedo llamarme cristiano y experimentar tan poco poder para cambiar?
- ¿Cómo puedo ser tan sincero y ansioso, y tener tanta lucha con la tentación?

Es probable que también hayas estado haciéndote esas preguntas. Si es así, tengo una gran noticia. Hay respuestas. Puedes triunfar en la vida. Puedes conocer realmente la alegría y la paz del Señor. Puedes difundir el amor y el perdón de Dios entre los demás. Todo está a tu disposición como un don de Dios, dado por la gracia.

Eso es lo que descubrí. El cristianismo es simplemente gracia, de principio a fin. Nada más y nada menos. La gracia es la forma de vida del creyente. No es esfuerzo humano. No es reglas, principios ni regulaciones.

Vivimos exactamente de la misma manera en que somos salvos. Pablo lo expuso en uno de los pasajes más famosos de toda la Escritura, Efesios 2:8-9: «Porque por gracia ustedes han sido salvados mediante la fe; esto no procede de ustedes, sino que es el regalo de Dios, no por obras, para que nadie se jacte». Somos salvos por gracia a través de la fe, por lo cual debemos vivir por gracia a través de la fe. Es así de simple. Martyn Lloyd-Jones lo expresó de la siguiente manera:

Es gracia al principio y gracia al final. De modo que cuando tú y yo pasemos a nuestros lechos de muerte, la única cosa que nos debe consolar, ayudar y fortalecer allí es la que nos ayudó en el principio. No lo que hemos sido, no lo que hemos hecho, sino la gracia de Dios en Jesucristo nuestro Señor. La vida cristiana comienza con la gracia, debe continuar con la gracia y terminar con gracia. Gracia, maravillosa gracia. «Por la gracia de Dios, yo soy lo que soy». «No yo, sino la gracia de Dios que estaba conmigo».<sup>2</sup>

Eso es lo que me impactó en aquel estudio bíblico en Atlanta. Fue un momento de súbita comprensión para mí, en el que la gracia cambió mi corazón. Eso acabó la confusión en mi mente y conectó todos los puntos. Me dio esperanza. Me preguntaba por qué no vi antes esa sencilla ruta para una vida victoriosa. De eso hablaremos más adelante, pero descubrí que esta palabra de seis letras reúne todo el poder que me faltaba en mi vida cristiana. Aquí está la buena noticia para ti. La gracia contiene todo el poder que necesitas para la vida y la piedad. Tuve ese poder por mucho tiempo, todo el que necesitaba. Simplemente, no lo sabía.

## Gracia definida

Permite que te adelante algo, «gracia» es una palabra más grande de lo que jamás imaginé. Es grande porque está unida a Jesucristo. Muchos llaman a algo de lo que voy a expresar en este libro el mensaje de la gracia. En verdad, es el mensaje de Jesús. No hay gracia aparte de Él. La gracia no es una cosa. La gracia es Jesucristo mismo.

Busca la palabra «gracia» en Internet y esto es lo que encontrarás. En la *English Standard Version* [Biblia Versión Estándar

Inglésa], por ejemplo, la palabra «gracia» aparece ciento treinta y ocho veces: siete en el Antiguo Testamento y ciento treinta y una en el Nuevo. Detente por un momento y piensa en este hecho. ¿Qué te sugiere eso sobre la gracia de Dios? Creo que claramente sugiere que la gracia está conectada a la persona y obra de Jesucristo.

Incluso el Antiguo Testamento hace esa conexión. ¿Recuerdas la promesa de Dios a Abraham? En tres ocasiones, le dijo a Abraham que el mundo sería bendecido a través de su descendencia. ¿Qué significa eso? Pablo explicó: «Ahora bien, las promesas se le hicieron a Abraham y a su descendencia. La Escritura no dice: “y a los descendientes”, como refiriéndose a muchos, sino: “y a tu descendencia”, dando a entender uno solo, que es Cristo» (Gálatas 3:16). La bendición de Dios se encuentra en Cristo. Esa bendición es gracia. Este es exactamente el punto que Juan plantea en su relato evangélico.

Y el Verbo se hizo hombre y habitó entre nosotros. Y hemos contemplado su gloria, la gloria que corresponde al Hijo unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad... De su plenitud todos hemos recibido gracia sobre gracia, pues la ley fue dada por medio de Moisés, mientras que la gracia y la verdad nos han llegado por medio de Jesucristo (Juan 1:14,16-17).

La gracia está inextricablemente ligada a Jesucristo. Cuando Cristo apareció en escena, su gracia tomó el centro del escenario. Si vamos a saber algo acerca de la gracia de Dios, debemos mirar a Jesús.

Entonces, ¿qué es la gracia? Esta es una pregunta muy importante. Después de todo, la gracia es el corazón y el alma del mensaje del evangelio. Es la buena noticia. La definición breve que la

mayoría de nosotros conocemos es: «favor inmerecido que nos es concedido en Cristo». Es esto, pero mucho más. La obra inglesa *The Complete Word Study Dictionary* [Diccionario de Estudio Completo de Palabras] define «gracia» de la siguiente manera:

Lo que causa la alegría, el placer, la gratificación, el favor, la aceptación de una bondad concedida o deseada. Es un favor hecho sin expectativa de nada a cambio; es la libre expresión absoluta de la bondad amorosa de Dios para los hombres que encuentran su único motivo en la generosidad y benevolencia del Dador.

Hace poco, publiqué un artículo en mi blog titulado: «¿Cómo defines la gracia?» Las respuestas me impresionaron.

- «La gracia es la persecución feroz, fuerte, impactante, sorprendente, quebrantadora e intencional de Dios al darnos lo que realmente necesitamos, aunque creamos lo contrario».
- «¡La gracia es Cristo mismo! Remplaza, simplemente, la palabra “gracia” por “Cristo” y verás cómo lo expresa la Biblia».
- «La gracia de Dios es lo que nos salva, nos sostiene y, a fin de cuentas, nos llevará a la presencia de Dios cuando dejemos este caparazón terrenal. La gracia no es una cosa sino una persona: Jesucristo».
- «La gracia me permite dejar de hacer cosas que me separan de Dios. Para dejar de sentirme culpable cuando una vez más, he fallado al “comportarme”. La gracia parece muy simple cuando cantamos canciones como “Sublime gracia”; pero, a medida que vivimos

cada día en Cristo, encontramos que la gracia es muy profunda».

La gracia es donde estamos, vivimos y respiramos. Es el reino de nuestra existencia. Es Cristo en nosotros y nosotros en Él. Muy a menudo, los cristianos piensan en la gracia como la sencilla cobertura de sus pecados pasados. La gracia está activa en nuestro presente y nos mueve hacia nuestro futuro. He definido eso como la obra de Dios en Jesucristo para hacernos espiritualmente vivos y para facultarnos a vivir en este mundo como sus hijos.

La gracia no es solo el medio de la salvación; es el camino de la vida cristiana. No es solo la puerta que nos da la entrada a la casa de Dios, es también el modo en que vivimos una vez que estamos en ella. Cuando la gracia comienza en la vida de una persona, nunca la abandona. El evangelio práctico es simplemente gracia.

De eso se trata este libro. Te invito a explorar conmigo el camino de la gracia. A continuación tenemos algunos de los versículos clave que examinaremos juntos.

- «En él tenemos la redención mediante su sangre, el perdón de nuestros pecados, conforme a las riquezas de la gracia que Dios nos dio en abundancia con toda sabiduría y entendimiento» (Efesios 1:7-8).
- «Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor por nosotros, nos dio vida con Cristo, aun cuando estábamos muertos en pecados. ¡Por gracia ustedes han sido salvados!» (Efesios 2:4-5).
- «En verdad, Dios ha manifestado a toda la humanidad su gracia, la cual trae salvación y nos enseña a rechazar la impiedad y las pasiones mundanas. Así podremos vivir en este mundo con justicia, piedad y dominio

propio, mientras aguardamos la bendita esperanza, es decir, la gloriosa venida de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo. Él se entregó por nosotros para rescatarnos de toda maldad y purificar para sí un pueblo elegido, dedicado a hacer el bien» (Tito 2:11-14).

- «Ahora los encomiendo a Dios y al mensaje de su gracia, mensaje que tiene poder para edificarlos y darles herencia entre todos los santificados» (Hechos 20:32).
- «Así el pecado no tendrá dominio sobre ustedes, porque ya no están bajo la ley, sino bajo la gracia» (Romanos 6:14).
- «Pero por la gracia de Dios soy lo que soy, y la gracia que él me concedió no fue infructuosa. Al contrario, he trabajado con más tesón que todos ellos, aunque no yo, sino la gracia de Dios que está conmigo» (1 Corintios 15:10).
- «Pero él me dijo: “Te basta con mi gracia, pues mi poder se perfecciona en la debilidad”. Por lo tanto, gustosamente haré más bien alarde de mis debilidades, para que permanezca sobre mí el poder de Cristo» (2 Corintios 12:9).

A través de estos versículos, descubrirás que la gracia...

te redime y perdona tus pecados

te salva

te hace vivir con Cristo

te enseña a decirle no al pecado

te enseña a tener una vida autocontrolada, recta y piadosa

te hace que anheles hacer el bien  
te prepara  
te da una herencia  
te libera del poder del pecado  
te hace lo que eres como hijo de Dios  
trabaja dentro de ti  
te dirige a través de las pruebas y tribulaciones de la vida

Como escribió John Newton en el himno más famoso de todos: «Sublime gracia del Señor». La gracia de Dios es la historia de las buenas noticias. Es el evangelio de Jesucristo. Es lo que hará que tu vida sea una buena noticia.

